raíz, el núcleo que lo explica todo, queda casi abandonado y sólo en el eúskaro. La razón de estas anomalías puede verse en las emigraciones, en las mezclas, y en esos cambios de vocabulario, que aun conservando su gramática, sufren algunos pueblos.

Hé aquí por qué no debe nunca haber en la exegesis preferencia por una determinada lengua; sino aprender, como la abeja extrae los mejores jugos de las flores, á utilizar los más arcaicos elementos que cada una de ellas pueda contener. Es lo que hemos hecho con respecto al vasco. Hemos visto en él, algo, como una clave que nos abriera las puertas de los grandes misterios, y lo hemos aprovechado, sin perjuicio de atender y hacer uso de otras enseñanzas.

Véanse ahora, en confirmación de todo lo que hemos dicho, las siguientes palabras tártaras en que predomina la onomatopeya *er*, expresando siempre la idea de creación, crecimiento, desarrollo, expansión y luz, y algunas espiraciones notables por su significado.

En tártaro Mantchú.

Arhan (1)=los gérmenes de todo; el primer broto.
Arhanaha=los cuernos de la luna.
Arfa=trigo=grano, (nombre genérico.)
Anouan=pez sin escamas.
Amba=extenso, grande.
Alisoum=germinación del trigo.
Archike=heveli=el bajo vientre, (en eúskaro sa-bel.)
Eme=madre.
Elou=especie de cebolla.
Elouri=niño listo, de talento.

(1) *Dictionnaire Tartare-Mantchou-Francais composé d'aprés un Dictionnaire Mantchou-Chinois*, par M. Amyot, missionaire á Pekin; *Redigé et publié*, par L. Langles, París, 1809.

Atcha=madre, también.
Efen=pan.
Etchen=Señor-rey; soberano.
Etchê=un buey.
Erpe y erpenekepi=tener viruelas, una erupción.
Erte=la aurora.
Ertemon=universal.
Erkengue=todo lo que tiene vida.
Erguen=el principio de vida, el *Ki*, el alma.
Erki=comenzar á adquirir fuerzas, el esfurzo del niño para andar.
Erki-lembi=emplear toda su fuerza.
Ergoum-ni-ania=el día del nacimiento.
Entouri=espíritu.
Elden=rayos del sol, de la luna, de las estrellas, brillante.
Eltek=id. id.
Elheou=saludo, desear vida, felicidad.
Elkin=rico en todo.
Elhe=dulcemente.
Elkin-ania=año fértil, abundante.
Ynengue=día, (en chino *ge*, en eúskaro *egun*.)
Ylan ertemou=lo que tiene en sí un principio de vida y animación, como el cielo, la tierra, el hombre.
Ylha=flor.
Hambi=desarrollarse, crecer.
Ylaca=esta flor se abre, se desenvuelve.
Ylengu=la lengua.
Yra=el grano maduro.
Yndan=flecha con plumas.
Ynde=el á el, le.
Hailaha=regocijo. (Aleluya?)
Piha=trozo de carne.
Pisan=inundación.
Pihla=desfiladero, puerto. (Pilas, todavía.)

Tala=camino desierto.

Moholo=buey sin cuernos.

Yasa=ojos.

Son bien expresivos estos nombres. Ved aquí el de la flor, *Ylha*, que viene á confirmar lo que hemos dicho de ella en un capítulo anterior.

Er-ha, vida de la creación, expansion de la naturaleza, desarrollo por el calor, fecundidad del espíritu animador. Toda esta asociación de ideas pasó por la mente de los primeros padres al bautizar la flor con el nombre mismo de la divinidad. Y todo es igualmente lógico: *Yl-ambi*, gran desarrollo, crecer, *Ylengu*, de donde viene nuestra palabra *lengua*, el kin, *erjin*, fértil, abundante, *Yra*, *er-a*, el grano maduro, la cosecha, *Er-guen*, el principio de vida, *Arhan*, *er-han*, los gérmenes de todo; ¿no es esto lo mismo que hemos sostenido en el discurso de la obra? ¿No viene ello á probar que las acepciones de la onomatopeya *er* en las lenguas primitivas, desaparecidas, debieron ser las mismas que nosotros les asignamos? Si alguno, al empezar la lectura de este libro, pudo suponer que sería uno de tantos ensayos caprichosos como ven la luz pública, habrá reformado ya su modo de pensar, porque las pruebas abundan, y el método nos lleva por la mano al esclarecimiento de la verdad.

Obsérvense nuevas confirmaciones en las palabras que sirven de traducción á las turanianas de nuestra lista anterior, y se verá resaltar el parentesco de unas y otras y su origen común.

Flor, flecha, broto, felicidad, brillante, fértil, erupción, vientre, germen, grande, trigo, grano, todas estas palabras, cogidas al acaso, por la casualidad del índice, llevan en su íntima constitución aquella onomatopeya, y expresan algo de aquella misma asociación de ideas primitiva.

No ha habido una raíz mas desconocida antes de ahora, ni más importante, y que más haya extendido sus ramas por el mundo entero. No se ha encontrado nada en la lingüística hasta el día, que pudiera servir de lazo de unión entre lenguas de tan diferente extructura como son las turanianas, semíticas, indo-europeas, hamíticas, americanas y occeánicas, sino esta onomatopeya *er* y las diferentes formas de espiración comunes desde el origen del lenguaje. Y es una cosa digna de admiración, por cierto, que sean los nombres de los dioses los que conserven principalmente, en todos los idiomas, esta prueba de fraternidad y descendencia común del género humano.

Hacer la historia de palabras españolas es hacerla de las latinas é indo-europeas correspondientes. En el presente estado de la ciencia, la historia de una palabra, desde su origen, no puede menos de tener muchas soluciones de continuidad; pero nosotros sentamos los jalones, y el porvenir se encargará de colmar los vacíos.

Las palabras *broto*, *brotar*, indican exactamente aquella idea de expansión y desenvolvimiento producido por las fuerzas de la naturaleza creadora, que tanta admiración causaban á los primeros hombres, suponiéndolas obras de un poder mágico. En *broto*, la adecuación á la idea y la contracción del *bero* son bien visibles. Prescindiendo de las terminaciones propias de la lengua castellana nos queda *brot*, para ser examinado: la *t* se presenta siempre en fin de dicción lo mismo en eúskaro que en la mayor parte de los idiomas, indicando abundancia ó aumento progresivo de fuerza; por eso el *eth* hebreo, el ἔτι griego, el *et* latino y el *et* francés, antiguo español *e*, habiendo perdido la *t*, (*y*, hoy) expresan siempre adición, aumento, pluralidad. *Brot*, es, pues, una palabra conservada desde el

origen sin más que haber sufrido una ligera contracción. Su forma primitiva no pudo ser otra que *berotz*, la misma que como hemos visto, sirvió también de arquetipo al nombre de flor. La correspondiente francesa *bourgeon* trae el mismo origen, pero pertenece á otra corriente que conservó la espiración. En un principio fué ó debió haber sido *bero-jam*, expansión, crecimiento, vida por el calor.

Felicidad, *felicitas*, en latín, se reduce del mismo modo á las dos onomatopeyas. Atravesó estas formas: *Bero-ha-at*, *Belo-ja-at*, *Feli-je-at Feli-si-at*, *Felicit-á*, que todas se explican con arreglo á ley: la aspiración pasa á sibilante, y ésta se contrae con el *at* ó *et* aumentativo. El transito de la *b* á *f*, y de *r*, á *l*, es normal.

Indica, pues, esta palabra en su origen, aumento de la fuerza vital, un desarrollo físico, animación, ó estado de bienestar producido por el calor. Después, la asociación de ideas la ha hecho significar todo lo que hoy expresa. Otra palabra, casi sinónimo de ésta, es *prosperidad*, que lleva su historia, como se suele decir, escrita en la frente.

El secreto de la composición de estas palabras en el origen es bien sencillo. Dueños los primeros hombres de algunas onomatopeyas (veremos luégo que las diferentes formas de espiración son otras tantas onomatopeyas de la respiración natural), y habiendo fijado el sentido que convenía dar á cada una para indicar los más ordinarios fenómenos de la vida y las nuevas ideas que se les pudieran ocurrir, no podían tener otros signos de expresión sino los conocidos; pero para evitar la confusión que de esto había de resultar, se les ocurrió naturalmente la repetición y combinación de los sonidos para establecer las diferencias. Así, para designar un terreno lleno de vegetación ó de caza, y abundante y *productor* de alimentos indispensables á la vida, si usaran la palabra *ber* únicamente, por expresar mucho no expresarían nada, y el interlocutor se quedaría sin saber cuál de las muchas ideas que despertaba esa palabra en su mente, era la que se le quería designar; pero al oirla repetida con un signo de aumento ó de abundancia en el medio, en esta forma: *ber-tz-ber*, ó *er-tz-er*, sabe ya, que esta repetición se reserva para indicar aquel fecundo terreno. Un día que debieron pasar juntos por allí, uno de ellos habría dejado escapar instintivamente, al ver tal abundancia de producción, esta palabra; el recuerdo la haría usar con frecuncia y sería, desde entonces, una palabra más adquirida para el idioma. *Er-tz-er* ó *ber-tz-er*, llega á ser con el tiempo: *ber-ter*, *ber-tel*, *fer-tel* y *fertil*. Lo mismo puede decirse de *feraz*, *fer-ax*, y *ubertas*, *u-ber-t-as*.

Otras veces se hace la distinción de otra manera; pero siempre de un modo sencillo y natural: ó se contraen la raíz y la espiración, ó se antepone ó se pospone ésta á aquélla, ó se suaviza ó se fortifica un sonido gutural, etc., etc.; y con media docena de formas de espiración y esta onomatopeya *er*, *ber*, *fer*, tuvo una tribu primitiva sobrados medios de hacerse comprender y de desenvolver su inteligencia.

Las palabras, *grande*, *grano*, *crear*, *crecer*, *criar*, *grasa*, *crasitud*, *gloria*, *claridad* y sus derivados, sufrieron la misma transformación que la palabra *gren*, *verde;* y por una asociación de ideas, cuya marcha sería muy fácil seguir, han llegado á su significado actual.

Fragancia, *fraternidad*, *fragua*, *franqueza*, *frase*, *freir*, *frenesí*, *freno*, *fresa*, *fresno*, *freza*, *frigidez*, *frondosidad*, *fruto*, *fructificar*, *frugal*, *fulgor*, *fulminante*, etc., son otros tantos ejemplos de contracción del *bero;* lo mismo que en otra forma: *brazo* (latín, brachium), *braga*, *bramar*, *branquias*, *braña* (en Asturias, prado donde hay pasto y humedad) *brasa*, *abrasar*, *bravura*, *bravear*, *bregar*, *breva*, *bre-*

xia, *brezo*, *brisa*, *brizo* (la cuna del niño), *broza*, *bruja*, *brucolaco*, y otros muchos.

Nótese que estos nombres indican casi todos, ó acción producida por el calor ó el fuego, ó fuerza y exceso de vigor, ó desarrollo y crecimiento, ó algún efecto espiritual á consecuencia de la asociación de ideas.

Dejaremos á otros el trabajo de seguir estos nombres hasta el origen; el camino está marcado, y establecer la filiación es fácil ya. Si fuésemos á poner ejemplos, no acabaríamos nunca, porque se ofrecen á porfía en muchas lenguas. Lo dicho basta para hacer comprender nuestro pensamiento.

LA ESPIRACIÓN.

I.

No se pueden estudiar las formas del *bero*, en las diferentes mitologías, sin acompañar á este estudio el de la espiración con la cual generalmente van aquéllas unidas. La espiración, *berscheiden*, en alemán, la salida del aire aspirado, fué siempre considerada por el hombre, como el principal síntoma de vida, después del calor. La respiración afirmando la idea de existencia en los animales superiores, hizo creer también por analogía, en la viviente personalidad de la naturaleza, cuyo aliento, soplo, ó espíritu santo, desde entonces, fué el aire conmovido. Los *Maruts* del Rig Veda son los vientos, espíritus divinos; el dios Pan, es el aire, como veremos luégo; y el espíritu de Dios es llevado sobre las aguas en la cosmogonía bramánica y en el Génesis. No sólo es el soplo ó la respiración la señal cierta de la vida, sino que en el primitivo orden de ideas, la comunicaba: «Formó, pues, Jehobá, Dios, al hombre del polvo de la tierra y alentó en su naríz soplo de vida, y fué el hombre un alma viviente.»

Las onomatopeyas de la espiración son estas: *ah*,